

SOLA.



¡Cuánta divina cosa
 Se agolpa á arrebatarnos el reposo
 En esa edad dichosa
 En que es encantador lo peligroso!
Campoamor.

Una hermosa tarde de Mayo, estaba sentado yo en la Moncloa de Madrid leyendo *Sotileza* y á veces contemplando el sencillo panorama que delante tenia; cuando más extasiado me encontraba, oí dos argentinas voces de mujer, y de mujer nacida entre los montes de Euskaria; acerquème con gran cuidado, y vi á dos hermosas muchachas, sencillamente vestidas, una de riguroso luto, que sentadas en un rústico banco, conversaban no muy alegremente al parecer.

Sorprendiéronse al verme, y continuaron su conversacion en un idioma para mí extraño: el bascuence.

Comprendiendo yo que estando cerca de ellas no dejarian de hablar en su nativa lengua, por no enterar á un extraño, me retiré, dándoles las buenas tardes, y muy luego me semiescondí entre un gran banco de piedra y unas ramas, con objeto de que no me vieran y creyéndose solas siguieran su diálogo en castellano, como antes, pues sin saber por qué me parecia interesante poder oirlas.

No bien me hube ocultado, cuando, en efecto, reanudaron su interrumpida confidencia en su castellano bizcaino:

—Pues como te decias cuando presentó aquí ese jóven, (dijo la de luto á su compañera), mis padres no querian de ninguna de las maneras que yo me venir á Madrill, y llorar hacian y por Dios me pedian que no les dejara solos; pero yo desiaba mucho ver Madrill, despues que tanto ponderarme Premiña, y esperaba solo carta de ella

disiendo si me habia encontrado colocacion; yo solo tenia un miedo y era que no sabia castellano como agora y me harian burlas; y por esto algunas veces me daban ganas de llorar y de quedar en mi caserío, donde nada me faltaba; ¡ojalá nunca nunca hubiera salido!

Un dia, yo ni siquiera acordar que habia Madrill; tuve carta de Premiña, y me disia que podia hacer viraje cuando queria, pues ya habia encontrado buena casa de señora viuda con niña pequeña; que viniera que viniera, sin apurar por no conoser nadie, ni tampoco hablar castellano, porque aquí habia muchos euskaldunas, sobre toro de nuestra clase: y toros hablaban bascuence y toros trataban como en familia; pigurate con aquellos ganas que yo tenia para venir, la carta de Premiña me calentó; el señor cura que leyó, me preguntó si estaba yo decirira y me dijo de pensar primero lo que iba hacer abandonando mis pobres padres, mi madre le disia que por Dios me quitara semejante idia de la cabeza, pero yo queriendo venir no hacia caso señor cura y creia consolar mis padres, disiendo que cuando yo estuviera aquí les mandaria ganancias y cosas, pero ellos no querian, no, de venir yo sin ayudar y cuidar en nuestra casa vieja de Zumardi.

Por fiñ, un mañana que te hacia frio duro y nevaba y nevaba encima en Enero, no me olviro: paró dilligencia que me habia llevar Zumarraga, que te sabes pasa cerca mi caserío; toros mis hermanos y tambien hijos de Jošepa, como no porian trabajar en campo, vinieron casa á despedirse á mí; me subí coche y toros me disian de no olvidar; yo disia de ir á casa y erretirar, pero ellos erre que erre sin mover envueltos en bupandas, que la nieve habia puesto blancos, me apretaban manos llorando; y pobres padres, que habian subiro coche, me besaban y abrazos daban. No puero más hablar.

.

Si he de decir á tí verdad, sentia yo pena mucha, pero... queria conocer Madrill.

Subió pescante Joše Mañubel; abajaron mis padres del coche y por ventanilla me daban los dos manos; yo con pañuelo en ojos lloraba.

Coche empezó andar; yo con mi pañuelo sin ver nada; dilligencia dió errevuelta camiño y adios mios padres, adios Zumardi maitia de donde nunca habia saliro más lejos que al iglesia ó bailar domingos en la tarde, y agora salia á Madrill aronde narie conosia más que Premiña.

En coche toros me consolaban con consejos y berriketas, disiendo

me fuera en Madrill juiciosa; yo sin oír coplas, acordar me hacia de mis padres y de Zumardi y vacas y gallinas que daba de comer.

En Zumarraga tuve buena suerte de encontrar con unos de Tolosa que iban Vitoria; cuando yo les dije que iba sola á Madrill, se quedaron asustaros y yo tambien sentir miedo entonces.

Por fin, llegué Madrill; hacia un día mucho hermoso; en estacion esperaba Premiña con una amiga suya de Ketaria; esto fué un consuelo para mí de encontrar donde ménos creia hablando bascuence.

Tanto bulla, tanto gente y tantos coches ponian errevuelta mi cabeza; yo no creer habia más coche que dilligencia, ni más bullas que de dos ó tres carros cargados manzanas que ir solian de Otaleku á Bordazar.

Llegamos á la casa que Premiña me habia buscaro; la señora era bapa, me errecibió riendo y me dijo que si portaba bien me tendria en casa como doncella, pues sabia por Premiña que yo no iba á Madrill más que por no estar en caserío entre montañas y montañas; me gustó aquel casa y señora y quedé; me despidieron Premiña y su amiga y que volverian el domingo para ir juntas al paseo.

Pasó y pasó tiempo; y en una tarde que yo cosia junto á ventana de escalera, oí en bascuence preguntar por mí un hombre de blusa azul y boina; fui corriendo y era Joñe Mari que despues de saludar me entregó carta; aquel carta venia de luto y para mí señora ¡qué será, Dios! me pregunté ya; Joñe Mari no me hablaba nara y muy triste estaba.... ¿qué diria carta? Vino señora, le entregó y... leyó; habia muerto madre mia de pena de no verme en tanto tiempo! ¡Dios mio, qué desgraciara soy!

—¿Y has decidido marcharte mañana?—preguntó á la jóven huér-fana su amiga que habia escuchado con religiosa atencion.

—Mañana, sí, mañana; mira, mira qué he sacado con desobedecer, madre ha muerto y yo no poriro dar siquiera último beso: ¡qué sola estoy, Jaungoikoa! en pobre caserío, donde nací, con mi padre vivir quiero y llorar mi culpa.—

Levantáronse ambas jóvenes, dirigiéndose hacia Madrid; y yo me fuí á mi sitio de antes, donde seguí leyendo *Sotileza*, y pensando lo desgraciada que se habia hecho aquella jóven, que queria ser más feliz lejos de su casa.

